

conserva y dispone. Interminable sería nuestro trabajo, si pretendiéramos citar aquí todos los ejemplos de la providencia de Dios que nos ofrecen los libros santos; por esto escogeremos los más principales para que sirvan de alguna utilidad al orador.

Dios no se limitó á formar á Adán y Eva, sino que les dió la órden de multiplicarse, de sujetar á su imperio todos los animales: les dió una ley, de cuya observancia dependió siempre la felicidad, como la desgracia de su violación.

Decidido á purificar la tierra de un número de iniquidades por medio del diluvio universal, manifestó una providencia verdaderamente paternal y no ménos milagrosa con Noé y su familia, salvándolos de la comun ruina (Gen. 7, 8, 9).

Deseoso de manifestar su misericordia al pueblo de Israel oprimido por los egipcios, le libra de la esclavitud, lo alimenta y defiende con una solicitud que solo puede compararse, segun dice Dios, á la de una gallina que cobija sus hijuelos debajo de sus alas (MATH. XXIII).

La misma providencia habia manifestado respecto á Abraham, llevándolo á un país extranjero, prosperando sus bienes, defendiéndole de sus enemigos y vinculando á su descendencia las más grandes promesas.

No brilla ménos la providencia divina sobre Isaac, Jacob, José, David, Tobías y otros justos, en cuyo favor, cuando fué necesario, obró Dios los más estupendos milagros, para que jamás pudiera decirse que uno sólo de los que habian esperado en Dios hubiese sido abandonado.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Deus in omnia sufficit, nec potest esse perspicacia previcator. Tertull.

Si enim est Deus, utique providens est: alterum sine altero, nec esse prorsus, nec intelligi potest. Lactant. De ira Dei.

Quis de providentia dubitet, cum videat caelos terramque, sic disposita, sic temperata esse universa, ut non modo ad pul-

Dios todo lo abarca, y no puede ser falto de prevision.

Si existe un Dios, necesariamente debe ser próvido, porque lo uno sin lo otro no puede ser, ni aún concebirse.

¿Quién puede dudar de la providencia de Dios, al ver que en el cielo y en la tierra todo está dispuesto y armonizado de tal mane-

chritudinem ornatumque mirabilem, sed ad usum quoque hominum, caterorumque viventium commoditatem optime conveniant? Idem Instit. div. cap. 1.

Sic (Deus) unumquemque nostrum tanquam solum curas, et sic omnes, tanquam singulos. S. Aug. lib. 3 Conf. cap. 11.

Nulla creatura est, que non velit nolit, divine providentia serviat. Idem in Epist. ad Galat.

Majus miraculum est gubernatio totius mundi, quam saturatio quinque millium hominum de quinque panibus. Idem Tract. 24 in Joann.

Miro modo fit, ut quod sine voluntate Dei agitur, voluntati Dei contrarium non sit, quia ejus consilio militant etiam, que ejus consilio repugnant. S. Gregor. lib. 6 Moral.

ra, que no sólo sirve para el embellecimiento, sino también para utilidad del hombre y conveniencia de todos los demás seres animados.

Así (Dios) cuidas de cualquiera de nosotros, como si solo cuidases de él; y así atiendes á todos, como si fuese solo uno.

No hay criatura que, quiera ó no quiera, no sirva á los designios de la Providencia.

Mayor milagro es gobernar á todo el mundo que saciar con cinco panes á cinco mil hombres.

Sucede prodigiosamente que lo que se hace contra la voluntad de Dios contribuye al cumplimiento de sus designios, sirviendo á su providencia aquello mismo que parece oponérsele.

Véase: VIRTUD.

PRUDENCIA.

Prudentiam voca amicum tuam.
Llama amiga tuya á la prudencia.

(PROV. VII, 4.)

No hay cosa más aplaudida que la prudencia; pero tampoco hay cosa ménos practicada, y hasta ménos entendida que esta virtud. Son

muchos los que la definen; pero ¡cuán pocos se atienen á su definición! Esta virtud dispone y ordena bien las cosas que se han de practicar para conseguir algun fin bueno; muestra los medios convenientes y todas las circunstancias, esto es, el tiempo, el lugar, el modo y otras cosas semejantes, para que la obra sea bien hecha, en todo y por todo, por cuya razon se le dá á esta virtud el nombre de maestra de las otras virtudes, y viene á ser como los ojos para el cuerpo, la sal para los manjares y el sol para el mundo.

Sin la prudencia toda virtud es ciega, como lo acreditan los dos vicios que la combaten, á saber, la inconsideracion y la sagacidad, la astucia ó la prudencia carnal. El inconsiderado se determina ó resuelve á las acciones de repente, sin considerar los medios que convienen para lograr el fin; y el astuto se dirige con tanta sagacidad al fin de lo que desea, que todo lo encamina ó dirige á su propio interés, sin reparar en la bondad del fin, ni en la honestidad de los medios, atropellando y quebrantando la ley de Dios por su provecho temporal; mas la verdadera prudencia enmienda estos extremos, haciendo que el inconsiderado se detenga y medite los medios, y refrenando al astuto para que dirija su sagacidad por la senda cristiana; de lo cual resulta que, evitados estos extremos viciosos, adopta un término medio, la prudencia, para que las obras salgan rectas y vayan dirigidas á Dios.

Voy á ocuparme en este discurso de la necesidad de la prudencia, y á demostraros que no solo es el elemento más necesario de gobier no en el régimen de las naciones, sino la virtud de todos los sexos, edades y de todos los dias. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Pocos son los hombres que, en teoria, no conozcan algunos buenos principios para gobernar á los pueblos, ó á sus respectivas familias, ó para gobernarse á sí propios. Pero ¿de qué sirven los principios universales cuando falta su oportuna aplicacion á los casos prácticos de la vida y del gobierno? La experiencia nos enseña que son muy pocos los que se gobiernan bien á sí mismos, ó á la nacion ó familia que les está encomendada, porque les falta la prudencia que aplica el conocimiento ó los principios universales á los casos particulares.

La vida individual, la vida doméstica y la vida social son vidas prácticas, que tienden á la realizacion ó logro de un fin, y se ven obligadas, por lo tanto, á buscar los medios que á él conduzcan, á juzgarlos y á ponerlos en práctica, que son los tres actos de la pru-

dencia. En la direccion del individuo, lo mismo que en la de la familia ó de los pueblos, existe siempre un fin hácia el cual van encaminadas nuestras acciones y virtudes: buscar los medios para llegar á este fin, juzgarlos ó discernirlos y ejecutarlos, hé aquí lo que hace la prudencia, de modo que esta virtud ayuda á todas las virtudes, en todas obras, y á todas las prepara el camino. La prudencia pues tiene que presidir y dirigir al gobierno de sí mismo, al de la familia y al de la sociedad, porque de nada aprovecharian los principios universales si el individuo, el padre de familia ó el jefe de la sociedad no conociesen tambien los objetos ó casos particulares á que aquéllos deben aplicarse, y los medios por los cuales ha de realizarse esta aplicacion.

Si la prudencia es la que debe gobernar, donde más lata sea la esfera en que obra el gobierno, y más elevados sus fines, á mayor altura debe estar el trono de la prudencia. A los príncipes y supremos gobernantes no puede faltarles esta virtud sin exponerse ellos á muchos peligros, y exponer á los pueblos que gobiernan. Adquiere la prudencia, dice el Espíritu Santo, pues vale más que el dinero: *Acquire prudentiam, quia pretiosior est argento*. (Prov. xvi, 16). El Señor se apareció á Salomon luego que éste subió al trono, y le dijo: Pídemelo que quieras. El ilustre hijo de David, viendo cuán numeroso era el pueblo que tenía que gobernar, y conociendo que era demasiado jóven, pidió la prudencia necesaria para hacer justicia; y esta peticion agradó de tal manera á Dios, que no solo le concedió la verdadera prudencia, sino que le otorgó tambien lo que no le habia pedido, esto es, las riquezas y la gloria, elevándole con estos dones sobre cuantos monarcas le habian precedido. Bien pronto se le ofreció una ocasion en que pudo dar un insigne testimonio de la prudencia que se le habia concedido: presentáronsele dos mujeres que disputaban entre sí sobre quién era la verdadera madre del niño que una de ellas llevaba en sus brazos. Tratándose de una cuestion de hecho en que no intervenian más que dos personas con pretensiones y razones opuestas, era difícil juzgar con acierto; pero Salomon, despues de haberlas oido con detencion profunda, mandó que el niño fuese dividido con la espada, y se diese una mitad á cada una de aquellas mujeres. No sea mio ni tuyo, sino dividase, dijo la una. Pero la otra exclamó: Por Dios no lo hagais así; ántes bien deseale todo entero, pero vivo, y no le mateis. El rey, excitando el cariño maternal, logró saber cual era la verdadera madre, y el pueblo se llenó de respetuoso temor hácia Salomon, al ver la prudencia que Dios le habia comunicado.

Roboam, hijo de Salomon, nos presenta un ejemplo enteramente opuesto. Apenas subió al trono el nuevo monarca, suplicó el pueblo que se dignase disminuir las cargas que le había impuesto su padre. Roboam consultó primero á los ancianos, en quienes de ordinario se encuentra la verdadera prudencia, ya porque el conocimiento práctico que tienen del mundo y de la diversidad de sus objetos y relaciones, los facilita sobremanera el camino, así para hallar los medios que conducen á un fin, como para juzgarlos y ejecutarlos; ya porque las pasiones, que son las que corrompen la prudencia, se hallan muy amortiguadas en los hombres de edad madura, lo cual les hace doblemente aptos para ser buenos consejeros de los príncipes. Despues quiso aconsejarse con algunos jóvenes, compañeros suyos de edad y de distracciones, y despreciando el sábio consejo de los ancianos, aceptó el de los jóvenes, y dió al pueblo una respuesta insultante, que ocasionó el cisma ó la separacion de las diez tribus, segun Dios lo había anunciado. No olviden estos ejemplos los que gobiernan, y reflexionen que siendo ellos los que tienen que aplicar los principios generales á objetos tan diferentes, á intereses tan opuestos y en circunstancias tan diversas, no podrian ménos de causar grandes é irreparables daños á los pueblos, si les faltase la prudencia.

Y esta prudencia debe ser verdadera, una prudencia cristiana, la prudencia que hace bueno al que la tiene, para que él pueda hacer buenos y felices á los demás. Es imposible que sean buenos los gobiernos cuando los gobernantes carecen de verdadera virtud; porque en almas malévolas no entra el Espíritu Santo, y por consiguiente no puede albergarse en ellas el don de consejo que corresponde á la prudencia cristiana, cuando, por el contrario, en las almas virtuosas penetra y se comunica suavemente, iluminando sus tinieblas y haciendo que sean seguros todos sus pasos. Los que ansiais felicidad, los que clamais por civilizacion, los que deseais gobiernos benéficos y paternales, sed sinceramente católicos, y haced que lo sean tambien vuestros gobernantes, pues de esta suerte forzosamente tendreis que mostraros agradecidos á la Iglesia, aunque no sea más que por el bien que proporciona á los pueblos al exigir á los gobernantes que sean cristianamente prudentes. Sin esta prudencia es imposible gobernar bien. Aún cuando se conozcan los principios generales de la ciencia política ó social, faltará el acierto al hacer de ellos la conveniente aplicacion, y de esto resultarán infinitos males. En el gobierno de los pueblos la virtud es un elemento más indispensable aún que la ciencia. Cuando el corazon de los que gobiernan está purifica-

do por la gracia, el Espíritu Santo derrama sobre él las luces necesarias para juzgar bien en la tierra, y conducir los pueblos por la suavísima senda de una libertad sin licencia y sin exageraciones, y de una felicidad sin engaños, en cuanto es posible conseguirla en la tierra. La felicidad se encuentra únicamente siguiendo el camino de la religion, y cualquier otro camino es falso ó tortuoso, y puede conducirnos á la ruina y á la muerte.

Hé aqui porque es siempre funesto el gobierno de los impíos y pecadores. Fáltales, así á unos como á otros, la verdadera prudencia, la prudencia que hace bueno al que la tiene, y hace buena su obra; llenos de orgullo, desoyen el buen consejo; con su precipitacion obran por impetu de pasion ó de voluntad; con su inconsideracion desatienden ó desprecian los antecedentes de que resulta el juicio, y con su inconstancia dejan de ejecutar lo que se les ha aconsejado y han juzgado tambien ellos mismos. El Espíritu Santo dice, que el camino de los impíos está lleno de tinieblas, y que no advierten donde ván á caer: *Via impiorum tenebrosa, nesciunt ubi corruant* (Prov. iv, 19). Y con estos vicios tan opuestos á la virtud de la prudencia, cómo no ha de ser funesto para los pueblos el gobierno de los pecadores y de los impíos? Con razon ha dicho igualmente el Espíritu Santo, que el reinado de los impíos es la ruina de los hombres: *Regnantibus impiis ruina hominum* (Prov. xxvii, 12); y que el pueblo tendrá que gemir cuando los impíos tomen el mando: *Cum impii sumperint principatum, genet populus* (Prov. xxxix, 2). Por eso debemos pedir con instancia á Dios que no permita que carezcan de virtudes los que recibieron la mision de gobernar á las naciones.

2. Hablemos ahora de los jefes de la sociedad doméstica. Tambien el gobierno de la familia debe estar presidido y dirigido por la prudencia cristiana. El jefe de una familia es principalmente feliz ó desgraciado, por las pequeñas escenas que pasan en torno suyo en el interior del hogar doméstico. Un hombre oscuro que encuentra en su casa el bienestar y la paz, cuya sola presencia esparce la alegría á la vista de su esposa y de sus hijos, á quien todos se esfuerzan en complacer por medio de amables agasajos y de pruebas de afecto, es más feliz que el magnate influyente, cuyo aspecto apaga el placer de los criados, á quien su esposa profesa un rencor sordo, pero violento, por sus vicios, y sus hijos le desprecian á pesar suyo. Para que la paz y la dicha reinen en la familia, es preciso que la prudencia se deje ver en medio de ella, dando resplandor con su rectitud. Si el jefe de la sociedad doméstica arregla su vida y costumbres segun las máximas de la ley de Dios, y dirige todas sus obras segun las reglas

de la fe y de la religion; si aconseja y manda todo lo que se ordena á la observancia de la virtud, y reflexiona los medios conducentes á este fin: si da á los suyos lecciones de piedad, los trata con dulzura. lamenta sus flaquezas y las sufre pacientemente, los corrige con amabilidad, y les enseña á consagrar todas sus obras á Dios, y á buscarle con toda la rectitud de sus intenciones, será respetado, querido y amado como el ángel tutelar de la familia. Y por el contrario, si el fin que se propone solo mira á lo carnal y terreno; si en vez de formar á los suyos en la piedad se contenta con educarlos con las máximas y según el espíritu del mundo; si no les dá más lecciones y doctrinas que las que tienden á enseñar el modo de medrar en el mundo, ni les corrige otras faltas que las que pueden perjudicarlos en el trato social, cerrando los ojos respecto de todo lo demás, y perdonándoles todos los defectos y vicios, se verá despreciado y experimentará grandes disgustos. El Espíritu Santo ha dicho que con la prudencia se consolida la casa: *Domus prudentia roborabitur.* (Prov. xxiv, 3); la imprudencia, por el contrario, trae consigo la ruina y la muerte.

Finalmente, es necesaria la prudencia cristiana para la direccion del individuo. Nuestras luces son muy limitadas, nuestra destreza muy corta, é insuficientes todas nuestras fuerzas para triunfar de tantos enemigos que nos asaltan de continuo. Es menester eleccion, prevision y discernimiento; es menester no perder jamás de vista la regla de las costumbres, la brevedad de la vida y la inmutabilidad de nuestro último fin; es menester conocer la vanidad, descubrir la falsa brillantez, comprender la nada de esos bienes criados que nos encantan; y ¿quién puede hacer esto sinó la prudencia, que es la única que sabe representar los objetos como verdaderamente son, y tomar con su justa precision las medidas? Por eso el Crisóstomo la llama antorcha del alma, reina de los pensamientos, y modelo de las cosas buenas y honestas. La senda del hombre prudente es como la luz del sol que va en aumento hasta el medio dia, y, por el contrario, el camino del imprudente está lleno de tinieblas. Sin prudencia no hay honradez, ni virtud, ni mérito, y todo anda desconcertado y envuelto en confusion.

Al ponderar la necesidad de la prudencia, la hemos llamado siempre prudencia cristiana, porque es la única verdadera, la única que puede hacer nuestra fortuna para el tiempo y para la eternidad. Existe tambien una prudencia falsa que yerra los fines, desacierta los medios y tiende constantemente á alucinarnos. ¡Cosa extraña! toda la vida se está estudiando, toda se pasa en una continua agitacion,

toda se consume en llegar cada cual á sus fines, y de todo se echa mano, de artificios, sutilezas, enredos, disimulaciones, para crearse cada cual su fortuna. No es más que prudencia humana, prudencia de la carne, que cada dia se complace Dios en confundir por muertes imprevistas, por esas desgracias no esperadas, por esas súbitas revoluciones, que en un instante desvanecen los vastos proyectos de fortuna. ¡Qué dignos son de lástima los que se dejan arrastrar de semejante guía! ¡Qué necedad es contar tan solo con su crédito, con el poder de sus amigos, con el favor de sus protectores y con los arbitrios de su habilidad y de su industria! Si el Señor no interviene en nuestros proyectos, si no es el único fin y el móvil principal de todas nuestras empresas, si él mismo no labra nuestra fortuna, de nada sirven todas nuestras diligencias y medidas.

Dichoso pues el hombre que es rico en prudencia cristiana: *Beatus homo qui affecit prudentia.* El posee el arte de aprovecharse igualmente de los bienes y de los males de esta vida. Consiga ó no lo que pretende, cuando obra según la prudencia cristiana, logra la aprobacion de Dios, que lleva cuenta fiel de todos nuestros deseos y esfuerzos. Tal vez los hijos del siglo se reirán del que tiene esta prudencia, porque ignora esas sutilezas del ingenio humano que hacen burla de los corazones sencillos; porque ignora esas delicadas máximas de refinada política, que tal vez se adelantan á registrar é investigar lo futuro, mofándose de la rectitud y de la sencillez de una conciencia timorata; porque no conoce esas bajezas que son propias de una alma esclava de sus pasiones, y todos esos artificios con que se pretende hacer fortuna, y abrigar la vanidad de que sea considerada como obra de su propia industria; pero ¿qué importa? Sabe que sigue una guía segura; sabe que Dios reprueba y confunde la prudencia mundana; sabe que atesora méritos para la vida eterna; y de esta suerte vive tranquilo y contento. Riase en buen hora el mundo de su rectitud y buena fé, de su franqueza y de su sinceridad; trate de imbecilidad la delicadeza de su conciencia, ó cuando ménos de apocamiento de espíritu, que ya llegará el dia en que se vea que esos ánimos apocados, esos que creyeron simples obraron según el espíritu de Dios, que solos ellos fueron prudentes y discretos á sus divinos ojos, y que cuantos signieron otra prudencia distinta de la cristiana, fueron unos insensatos dignos de compasion.

Amemos pues la verdadera prudencia. Guardémosla bien de seguir las débiles y oscurecidas luces del propio dictámen, y de formar juicio de las cosas por las desaceitadas máximas del mundo. Consultemos siempre las de Jesucristo, las del Evangelio y las de la fé.

Desconfiemos especialmente de nuestro propio parecer, de nuestro imaginario buen juicio, y de nuestra inteligencia, porque todo lo ciegan la pasión, el amor propio y el interés, y por eso es tantas veces el entendimiento juguete y burla del corazón. Nunca nos fiemos de esa prudencia que, con los especiosos pretextos de gratitud, de urbanidad, de atención y de necesidad, favorece siempre á la pasión y al amor propio, pero á costa de la virtud y de la salvación. Siempre que tratemos de resolvernos á algún negocio de consecuencia y de importancia, principiemos por consultarlo con Dios y pedirle que nos ilumine, y examinemos despues con madurez todas las circunstancias y todas las razones, pero discurrendo siempre sin apartar la mente de nuestro último fin. Consideremos que debemos dar cuenta á Dios del negocio que vamos á emprender, y mirémosle como si tuviésemos que comparecer al instante delante del Juez soberano; y de esta suerte seremos siempre prudentes, huiremos del vicio, y practicaremos las virtudes que han de conducirnos á la gloria, que á todos os deseo.

PRUDENCIA DE LOS HIJOS DEL SIGLO.

Filiis hujus sæculi prudentiores filii lucis in generatione sua sunt.

Los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz.

(LUC. XVI, 8.)

En la parábola del mayordomo infiel hace nuestro divino Salvador algunas reflexiones que, bien meditadas, no pueden ménos de redundar en provecho de nuestras almas.

Observa en esta parábola nuestro Señor, que los hijos del siglo son mucho más prudentes é ingeniosos en sus negocios que los hijos de la luz; y nos exhorta á emplear nuestros bienes y nuestras riquezas en granjearnos amigos para el cielo. Sobre esta doctrina, hermanos míos, reclamamos en este momento que fijéis toda, vuestra atención. Advertid primeramente, que el Señor no pretende alabar la conducta

del mayordomo infiel, presentándole como modelo; no elogia la infidelidad, sino que hace resaltar la prudencia y solamente como término de comparación. Si esa prudencia puede en los negocios del mundo conciliarse con la improbidad, no sucede otro tanto en los negocios espirituales y en el importante de la salvación. Sed prudentes y sagaces para ganar el cielo; solo así os granjearéis alabanzas sin medida.

El administrador de que nos habla el Evangelio tenía una maña, que no era recomendable, pero que debe avergonzar á la desidia de un hijo de Dios. Vosotros ya comprendéis que el divino Salvador por la expresión de hijos del siglo é hijos de Dios, quiso representarnos á los que tienen fé y obran de una manera conforme á ella, que son los hijos de la luz; y á los que, por el contrario, no tienen fé y solo viven según el espíritu del mundo, que son los hijos del siglo. Muy ajeno es de Dios el querer aprobar la conducta de los hijos del siglo en lo que ellos tienen de artificioso. Era una manifiesta injusticia la que cometiera el mayordomo infiel, perjudicando los intereses de su amo para asegurarse en su desgracia una buena posición; y una mala acción siempre es ilícita; mas preciso es confesar que su plan tenía mucho de diestro, y que fueron ingeniosas las precauciones que tomó, único título bajo el cual se nos recomiendan. «¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no soy bueno para cavar, y para mendigar no tengo cara; pero ya sé lo que he de hacer para que cuando sea removido de mi mayordomía halle yo personas que me reciban en su casa;» y empezó á negociar con la hacienda de su propio dueño.—«¿Cuánto debes tú á mi amo?» preguntó á cada uno de los deudores.—«Cien barriles de aceite.—Pues siéntate y escribe cincuenta.—¿Y tú?—Cien cargas de trigo.—Toma tu obligación y escribe ochenta.»—Y así fué haciendo con los demás deudores de su principal.

Nuestro divino Salvador observa con este motivo, que los hijos del siglo son más diestros y previsores en el arreglo de sus negocios del mundo que los fieles en sus intereses espirituales y en la solicitud de que siempre deberían estar animados para ganar el cielo. Ea pues, hermanos míos, examinemos cuál es la conducta de los hijos del siglo, ya que nos es lícito hacerlo, puesto que el mismo Jesucristo señor nuestro nos autoriza á ello por medio de esta parábola. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Cuál es la conducta de los hijos del siglo? Pensar siempre en los medios que deben emplear para el feliz éxito de sus proyectos;

aplicarse continuamente en el estudio de sus intereses y de sus especulaciones, desde la aurora al ponerse el sol, durante el día y durante la noche; apurar todos los medios para obtener beneficios y procurarse comodidades, no solo buscando esos medios con afán, sino poniéndolos en continua práctica. Observad bien, hermanos míos, lo que pasa en el mundo. ¿Cuándo hay tregua ni reposo en el mundo? ¿Cuándo cesa siquiera por un instante esa actividad impulsada de la resuelta deliberación de crearse una fortuna? Se buscan recursos y se persevera en la aplicación de ellos arrojando casi siempre sacrificios inmensos cuya sola idea estremece; porque se sacrifica el sosiego, el tiempo, la vida, y aún la vida de los hijos si es necesario; y ¡oh colmo de ceguedad! sacrificase hasta el alma, la cosa de más precio, esa alma que nunca debiera dejar de ser y que en realidad es el verdadero tesoro del hombre!

Sin embargo ¿quién se acuerda de ella en el mundo? Decídmelo, ¿cuántos son los mercaderes que en sus transacciones mercantiles dicen para consigo: «Es necesario que piense en mi alma; es necesario que ante todas cosas piense en su salvación; si pierdo mi alma, ¿qué me importa ganar todos los tesoros del universo?» ¡Cuán pocos se dicen también: «No solo debo observar las reglas del honor, de la prudencia y de la economía, sino también las del Evangelio; de consiguiente veamos qué lucro me es lícito, qué resultado me parece legítimo, por qué medios he de llegar á determinada posición, cuáles entre estos medios han sido siempre sancionados por la prudencia, aprobados por la conciencia y autorizados por la Iglesia! Sí, hermanos míos, la Iglesia es la que debe ordenar la conducta de los hombres, cualesquiera que sean sus profesiones; y ellos deben preguntarse: «¿Dónde están las reglas que la Iglesia ha establecido?» Pero estas reglas no se conocen, porque jamás se han estudiado; comécese sí la ciencia de la especulación, no la de la salvación, no lo que enseñan los doctores y santos Padres en orden al lucro legítimo. Hé ahí la causa, hermanos míos, de esas innumerables y diarias injusticias, de esos agravios que se imputan hoy al comercio de buena fé y á toda clase de negocios. Ya se vé: cómo todos los hacen! cómo ha degenerado ya en costumbre! si no lo hacemos aquí, lo harán los demás allá; sigamos pues la corriente general... Así se nos responde, hermanos míos; pero también así se sacrifica, como he dicho, no solo la salud, la vida, y hasta la salud de los hijos, sino también el alma; todo ello por no haber estudiado los medios de permanecer constantemente en los caminos de la justicia y equidad cristianas.

¿Qué diré despues de esto, hermanos míos, acerca de la conducta

de los que con toda intención se permiten toda clase de palpables y manifiestas injusticias? Bien les grita su conciencia: «Esto no es lícito! — ¿Qué le hace con tal que yo gane? ¿qué importa con tal que yo haga mi negocio?» Bien conocen que aquello es una iniquidad, que aquellos intereses son del prójimo, que aquella fortuna es mal adquirida; mas ¿qué importa! La transmitirán á sus hijos, los cuales, poseyéndola, la acrecentarán tal vez por iguales vías, haciéndose reos del mismo pecado que su padre. ¡Enhorabuena! olvidemos escrúpulos, con tal que tengamos representación en el mundo: alosremos y seamos potentes, porque únicamente son respetados y honrados aquellos que poseen una brillante fortuna y ostentan boato.

La pintura que aquí os he delineado no más, es demasiado cierta, y nadie negará que sobran por desgracia en la sociedad abundantes copias de esos tipos, pudiendo cada cual hacer observaciones hasta en la propia familia, y sacar por decirlo así enseñanzas prácticas de lo que cada día se está presenciando. De ahí viene, hermanos míos, la desolación de nuestro siglo, desolación funesta que nos ha de acarrear necesariamente los más terribles males! ¡Oh Dios mio! si la sociedad volviese á ser cristiana, si practicára de nuevo aquellas leyes tan santas y previsoras que traen la paz á las conciencias y que están escritas en el libro de la vida! ¡Ah! si así fuese, hermanos míos, ¿cuánta más tranquilidad se gozaria, cuánto menos agitados nos traerian las cuestiones políticas, cuánto más apacibles, cuánto más sufridos, cuánto más pacientes seríamos todos! En una palabra, ¿cuántas más virtudes se practicarían, haciéndose verdaderamente feliz la sociedad humana! Sin embargo, no es así.

2. He dicho, hermanos míos, que la conducta de los hijos del siglo era una conducta prudente; pero ya habreis comprendido que no puedo aprobar la de los que acabo de indicaros, y os habreis dicho interiormente que están en mal camino, puesto que he añadido, y vosotros habreis confesado conmigo, que pierden su alma por salvar los bienes temporales. ¿Por qué, pues, nuestro divino Maestro nos dijo, que estudiásemos su conducta? ¿Sabéis por qué? Para ponerlos en contraposición á esa falsa prudencia del siglo, á ese espíritu de injusticia que todo lo sacrifica, y porque el Salvador no lo considera más que en su conducta exterior. No juzga el acto moral, sino el proceder de la inteligencia, y por lo mismo nos dice: «Hijos de la luz! ¡cuidado que algun día no se os condene por la misma conducta de los hijos de las tinieblas!» ¿No podríamos efectivamente todos nosotros (porque yo no hablo aquí más que á los buenos cristianos) no podríamos, repito, hallar en semejante conducta algun motivo de

emulacion? ¿Por qué no hemos de hacernos este raciocinio? «Ya que en el mundo se manifiesta tanto afán y tanto ingenio en materia de intereses, ¿por qué yo, cristiano, no seré solícito en estudiar la ley de Dios que nos dirige á proporcionarnos el interés más apetecible, la conquista del cielo? Si en el mundo se persevera tanto, ¿por qué yo no he de consagrar todos los días de mi existencia á ganar la eternidad y salvar mi alma? Si los hombres del siglo saben imponerse tantos sacrificios por unos bienes perecederos, ¿por qué no he de hacerlos yo, ¡oh Dios mio! para seros fiel y granjear el verdadero bien cuya posesion me habeis asegurado con el precio de vuestra sangre?»

Del apóstol S. Pablo leo un pasaje que puede de lleno aplicarse á la reflexion que acabo de haceros: «Emplead, nos dice, en la penitencia y en la adquisicion del cielo todos esos medios que habeis empleado para cometer la iniquidad.» De esta suerte, hermanos míos, puede sacarse del mal una ocasion para el bien, una ocasion para la virtud; por eso yo quisiera que instruidos por la conducta de los hijos del siglo, por la conducta de los malvados, por la conducta de aquellos que no tienen fe, pudiéramos decirnos: «Señor, yo estudiaré tu ley, yo estudiaré mis deberes; luego yo practicaré estos deberes con perseverancia, cuéstemelo que me costará; yo lucharé con valor hasta morir si fuese necesario; pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el universo si pierde su alma?»

¡Oh, amados oyentes! quisiera tener más tiempo para descender á algunos pormenores; quisiera, por ejemplo, examinar la conducta del mundo con relacion á las diversas circunstancias que generalmente ocurren en la sociedad: ved sinó los cuidados para la educacion de la infancia, para un matrimonio, para el resultado de un negocio, para asegurarse una posicion y porvenir. ¿Qué no hace una madre, una madre mundana, en punto á la felicidad temporal de su hijo? ¿Cómo cuida de ese hijo, qué de precauciones no toma para que no reciba daño, cómo le pone en manos de una buena nodriza ó de un celoso ayo! ¿Cómo todos los días tiene á la vista la criada y el mismo niño! ¿Cómo se incomoda, cómo se irrita, si esa criada no ha llenado perfectamente su deber! En una palabra, ¿cómo esa mujer animada por el amor maternal, cómo, digo, se toma mil cuidados, mil inquietudes para preservar á su hijo de todo malestar físico con el fin de procurarle todas las complacencias compatibles con su edad! Ahora bien: yo quisiera que una mujer cristiana se dijese: «Hé aquí mi modelo, hé aquí lo que yo debo imitar, por el alma de mi hijo, para dirigir su espíritu, para formar su corazón.» Y de la mis-

ma manera que se procura cuidadosamente buscar á la aya que ha de criar al débil niño desde que empieza á andar, quisiera yo que se eligiese al preceptor ó preceptora á quien se entrega el alma de ese niño, y que no se confiara á tal ó cual persona indistintamente tan solo porque goza de gran reputacion, porque en su establecimiento hay niños que pertenecen á la alta sociedad; porque por otra parte se tiene un cuidado perfecto de todas las cosas temporales; pero del alma, de la educacion religiosa de los niños, del buen ejemplo que debe dárseles, del cuidado que debe tenerse de su salvacion desde la edad más tierna, con el fin de preparar poco á poco al niño y de conducirle hasta el último escalon del orden moral, ¡ah! de esto nadie se ocupa. Y ¿qué diremos del matrimonio...? ¿Qué de desvelos, qué de sacrificios, hasta del honor, hechos á la piedad, á la religion, para colocar bien á los hijos! De esto resultan, hermanos míos, tantos matrimonios que nos ofrecen el espectáculo más desolador, tantos matrimonios en los cuales reina la impiedad, y con ella las divisiones, la ira y los desórdenes. Y ¿por qué esto? Es porque no se ha pensado en el matrimonio de una manera cristiana. Se sabe muy bien, como nos enseña la Sagrada Escritura en los *Proverbios*; se sabe muy bien de dónde provienen la casa y la dote: esto proviene de los padres; pero ¿de quién procede la mujer prudente, de quién viene el hombre honrado? Solo de Dios. Así lo dice el Espíritu Santo. Y sin embargo, nadie consulta á este Dios que dá las mujeres buenas, á este Dios que proporciona los hombres capaces de dirigir por el camino de la vida á la mujer cristianamente educada, que va á verse lanzada en medio de la irreligion y del desentreno.

Lo mismo sucede en casi todas las circunstancias de la vida. Diestros, cautos, perseverantes y aún arrojados cuando se trata de la fortuna ó de la felicidad presente, hartas veces somos indolentes, frios y cobardes con relacion á nuestros intereses más estimables y á nuestros peligros más terribles, la eternidad del premio ó del castigo! Y no obstante que poseemos la fe que nos merece el privilegio de ser llamados *hijos de la luz*, llevamos en nosotros á ese hombre del siglo que debiéramos echar muy lejos, para no convertirnos en *hijos de las tinieblas*. Dios nos ha concedido inteligencia, sagacidad, prudencia, cautela y prevision; á todos, á todos ha otorgado igualmente estos dones; pero solamente aquellos que hicieren buen uso de los mismos serán felices en la eternidad. Este uso se nos señala y aconseja en el Evangelio; de consiguiente no podemos pretextar ignorancia; luego, si el Señor, habiéndonos dado con la luz de la ley nueva la regla de nuestros deberes, nos ha manifestado al pro-

pio tiempo las recompensas prometidas, ciertamente seríamos unos insensatos en emplear estos dones, nuestra prudencia y nuestra sagacidad en edificar sobre arena, en vez de concentrar todas las fuerzas de nuestro corazon y de nuestra inteligencia para conseguir el fin propuesto por el mismo Dios, que es la conquista de una eternidad feliz, que á todos os deseo, amen.

Véase: MAYORDOMO INFIEL.

PRUDENCIA DE LA SALVACION.

Disce ubi sit prudentia.

Aprende donde está la prudencia.

(BARUCH. III, 44.)

El asunto de la salvacion es de tal consecuencia, que merece todas nuestras reflexiones; y la prudencia cristiana consiste en dirigir bien este grande asunto; en no arriesgarle jamás voluntariamente en cosa alguna; en juzgar de todos los demás negocios, medirlos, y arreglarlos segun la relacion que tienen con éste; y en fin, en no despreciar medio alguno para conseguir buen éxito, sinó emplear siempre á este fin, en cuanto sea posible, los más propios, los más seguros y los más eficaces. A esto llamo yo prudencia de la salvacion; y si esta expresion no es enteramente justa, lo que quiero hacer os comprender no es ni ménos cierto ni ménos importante. Pues intento, hermanos míos, haceros reconocer y llorar aquí vuestra ceguedad, y la de otros muchos, que verifican muy bien con su conducta lo que el Hijo de Dios nos dice en el Evangelio: *Que los hijos del siglo son más sábios, en cuanto á sus negocios temporales, que los hijos de la luz en cuanto á su eterna salvacion* (Luc. XVI, 8). Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Sin la prudencia de la salvacion no hay propiamente verdadera prudencia. Es un lenguaje muy frecuente, y que la corrupcion

del mundo ha hecho comun, cuando se ve á un hombre que se adelanta en el mundo y que dirige felizmente hasta el fin sus proyectos y negocios, pero que en cuanto á lo demás parece haber abandonado el asunto de su salvacion; es lenguaje, digo, muy comun decir de él, aunque lamentándose de su suerte: «Es verdad que este hombre tiene espíritu y excelentes cualidades, pero no tiene piedad. Es hombre de juicio, ilustrado y cuerdo, pero en lo que mira á las cosas de Dios es insensible. Exceptuando este solo punto, es un hombre de una prudencia consumada, el talento más despejado de toda su familia, y es un génio raro.» De este modo se habla, y de este modo se juzga; pero yo digo, que hablar así es abusar de los términos, y que juzgar de este modo es oponerse á los primeros principios de la verdadera prudencia, y añadir, que en el instante que un hombre cristiano abandona el cuidado de su salvacion, entendiendo las cosas segun se debe, no tiene ya ni conducta, ni juicio, ni espíritu, ni consejo. Expresiones muy fuertes son éstas, pero con un poco de reflexion vereis prontamente la verdad de ellas.

Con efecto, ¿hay juicio y conducta, reconociendo en cualidad de cristiano una eterna felicidad, que es la salvacion; una felicidad para la que habeis sido criado, y que Dios os ha señalado como vuestro último fin; una felicidad superior á cualquiera otro bien imaginable, ó que sola ella es el soberano bien, y compendio de todos los bienes; hay, digo, la menor señal de sabiduría y prudencia en creer por la fe este reino celestial á que Dios os llama, y esta bienaventuranza tan grande que os promete, y jamás atender á ella en cuanto habeis, no tomar algunas precauciones para asegurarosla, y vivir tranquila y habitualmente en un próximo peligro de quedar excluido de ella sin el menor recurso? ¿Qué es en sí la prudencia, segun todos los maestros de la moral? Es el orden de los medios al fin; esto es, la prudencia consiste en proponernos un fin, digno de nosotros, y en buscar despues los medios más propios para llegar á conseguirle. Nada, pues, de esto habeis en la vida que teneis, y en el profundo olvido de vuestra salvacion, en que habeis ya consumido la mayor parte de vuestros años.

Tal vez me direis, que en todos vuestros pasos y en todos los cuidados que os ocupan, teneis un fin que es, por ejemplo, el de enriqueceros, el de elevaros y engrandeceros; de establecer en el mundo vuestra fortuna, vuestra reputacion y vuestro nombre; pero advertid, que no sólo he dicho que consiste la prudencia en proponernos un fin, sinó que he añadido debía ser un fin digno de nosotros, un fin que nos convenga, y deba ser nuestro fin. Llegar, pues, á ser

rico, grande ó distinguido en el mundo, no puede ser vuestro fin, ni debe serlo, pues hay otro más noble, aunque más distante, á donde estais destinados. ¿Qué diriais vosotros de un príncipe, que por el derecho de su nacimiento puede aspirar á la más rica corona, y que sin poner el menor cuidado en adquirirla, cibe todas sus pretensiones á poseer un corto rincón de tierra, y por esto se consume en vigiliias y trabajos? Aunque en todos sus trabajos y en todas las diligencias que tuviese, tuviese un fin, que fuese la posesion de ese miserable dominio, y aunque por su vigilancia y destreza llegase á conseguirlo, y se proporcionase la ventaja deseada, ¿le tendriais por un hombre sábio? ¿Aplaudiriais su habilidad y modo de obrar? ¿No tratariais más bien, por el contrario, sus frívolos designios y felices sucesos como locuras y extravagancias? Aplicad, pues, esta figura á un cristiano, que en todo cuanto intenta y ejecuta, solo tiene por fin la vida presente, sin pensar en su salvacion, y hallareis que es bastantemente justo el paralelo.

No es esto decir, que os esté precisamente prohibido, ni que sea absolutamente contra la prudencia tener por fin los bienes presentes, cuidar de vuestros negocios temporales, solicitar estableceros en en el mundo, manteneros en él, y aún adelantaros en cuanto os puede ser conveniente, segun vuestro nacimiento y vuestro estado; ni es tampoco absolutamente contra la prudencia tener por fin el honor de vuestra casa, la prosperidad de vuestra familia, la fortuna de vuestros hijos, y la ejecucion de vuestros proyectos. Todo esto nada tiene en sí mismo que contradiga á la verdadera prudencia, con tal que hagais bien la diferencia de dos clases de fines, y que pongais entre uno y otro la debida subordinacion. Hay, pues, un fin próximo y particular, y hay un fin último y general. El fin próximo y particular es (si quereis sea así) ganar un pleito, adquirir unas tierras, conservar una herencia, hacer buen uso y emplear bien el dinero, manejar bien tal proyecto, obtener algun empleo, proporcionarse un matrimonio, tener ciertas ganancias y utilidades; y en una palabra, todo lo que uno se propone con respecto á esta vida, y en todo lo que se dividen los varios ejercicios de ella. Pero el fin último y general es otra vida distinta de ésta, es una vida eterna, y es la salvacion. Esto es lo que debéis mirar, y lo que os interesa, como un punto esencial de vuestra religion. ¿No es, pues, visible é indisputable que el fin último y general debe ser preferido á todos los fines próximos y particulares, y que todos estos aún no se deben considerar sino como medios para llegar al fin general que es el último? Es innegable; y la razon es, porque todos los fines particula-

res solo tienen un tiempo muy corto y son solo unos fines pasajeros, en lugar de que el fin último es el término que nunca pasa, despues del cual nada más hay que pretender ni desear. De aquí debéis sacar la gran regla en el manejo de los negocios humanos, de hacer que siempre presida en ellos la prudencia de la salvacion; esto es, de hacer que siempre tenga parte en ellos esta prudencia de la salvacion, para examinar dos cosas de una suma importancia. La primera, si hay algo en estos negocios humanos y en el modo de portarse en ellos, que sea contrario á la salvacion; la segunda, en qué y cómo estos negocios pueden tambien servir para la salvacion, y referirse á ella. Portarse de otro modo es trastornar el órden que debe haber entre el fin próximo y el último, entre el fin particular y el general, y por consecuencia es pecar contra la prudencia y destruir el principio fundamental de ella.

2. Demos á esto alguna ilustracion, y os pido os apliqueis á comprenderlo bien, pues todo cuanto hay en ello es de suma importancia. Pongo, pues, por primera máxima de la prudencia de la salvacion, que tenga influjo en todo, pero particularmente en todos los negocios humanos, para precaverse de no intentar, solicitar, ni empeñaros en cosa alguna que pueda ser perjudicial á la salvacion. Puede ser que os admire la distincion que hago, queriendo obligaros á consultar la prudencia de la salvacion, y llamarla principalmente en los negocios humanos, como si fuese en ellos más esencial que en todos los demás. Es en ellos con efecto de una grande necesidad; y la prueba es evidente; porque en los negocios humanos hay muchos más peligros que temer y evitar respecto del fin último y de la salvacion. En cuanto á los negocios espirituales, como son la oracion, la limosna, las obras de caridad y penitencia, y todas las devociones y ejercicios cristianos, aunque se necesite consejo y direccion, la necesidad no es tan urgente. Como son obras santas por sí mismas, se está expuesto á ménos riesgos, y por esto no se necesita en ellos de tanta precacion.

¿Qué hace esta prudencia celestial? Pone en nuestras manos la balanza del santuario, ó más bien fija continuamente nuestra vista en la ley de Dios, y no nos deja determinar cosa alguna sin que ántes nos háyamos preguntado á nosotros mismos: ¿Se puede hacer esto segun la religion que profeso? ¿Está esto arreglado segun el órden de la caridad? ¿Hay en ello venganza, mala fé, ó injusticia? ¿Lo aconsejaria á otro, ó si otro se portase del mismo modo conmigo, me pareceria bien? ¿Tendré algun remordimiento á la hora de mi muerte por haberlo hecho? Si fuese necesario parecer en este instan-

te en el juicio de Dios, ¿quisiera hacerlo? Haciéndolo ¿temeré sea contrario á mi salvacion? Estas preguntas y saludables reflexiones nos abren los ojos, y nos descubren muchos precipicios, donde como ciegos íbamos á arrojarnos, y estábamos cerca de caer. Porque la prudencia de la salvacion nos afirma en todos estos asuntos, y nos dá en ellos ciertas y seguras decisiones. En todos los negocios del mundo están expuestos y tienen peligro los intereses de Dios, puede en ellos recibir algun perjuicio, y con efecto, le recibe todos los dias; su honor puede estar empeñado en ellos, se puede causar detrimento á sus mandamientos; por esto es necesario que la prudencia de la salvacion intervenga en todo lo que nos proponemos y en todo lo que deliberamos, para rectificarle ú oponerse en cuanto en ello se interesa la causa de Dios y la salvacion de nuestra alma. Ella es tambien la que nos clama interiormente sobre mil asuntos que el mundo aprueba: *Non licet* (MATH. XIV, 4). No lo hagas, que Dios lo condena, eso es otra ambicion, una avilicija, una envidia, un rencor, un disimulo y un engaño, y una sensualidad culpable y blanda. Desde que lo hagas, apelo contra ti, y te cito al tribunal del Todopoderoso que se mira en ello ofendido.

Esto debe desengañarnos de un grande error que reina en la mayor parte de los espiritus, y que es bueno descubrirnos para vuestra instruccion. Es el de ciertas personas que á todo se acomodan, que hacen una especie de division en la vida de los hombres, y se imaginan haber hallado por este medio el arte de conciliar todas las cosas. Estos dicen que en los asuntos de Dios y de la salvacion es necesario obrar segun las máximas de salvacion y de la sabiduria de Dios; pero que en los negocios del mundo no hay otras reglas que seguir, sino las máximas y principios del mundo. Error igualmente injurioso al soberano dominio de Dios, que pernicioso á la salvacion del hombre. Todos los negocios de Dios y de la salvacion no son negocios del mundo; pero todos los negocios del mundo son negocios de la salvacion y de Dios; y porque son de Dios y de la salvacion, estoy obligado á disponerlos todos segun la prudencia de la salvacion y segun los designios de Dios. Decir lo contrario seria una impiedad. ¿Y por qué razon querríamos que la prudencia de la salvacion no tuviese parte en los negocios del mundo, supuesto que queremos que la prudencia del mundo tenga influjo en los asuntos de Dios y de la salvacion? Se pretende que un hombre ó una mujer practiquen la virtud conforme al estado que tienen en el mundo; solicitan que en su devocion atiendan á los enlaces, á las obligaciones y á la decencia que el mundo quiere, y que de este modo arreglen su piedad se-

gun una cierta prudencia del mundo. Así se quiere que sea, y en esto no se procede del todo injustamente, con tal de que no se excedan los limites de ello; pero ¿no seria muy extraño, que al mismo tiempo no se quisiera admitir la prudencia de la salvacion en la conducta y arreglo de los negocios del mundo? La grande dificultad está en saber conciliar las dos ciencias, la de la salvacion y la del mundo. Un hombre del siglo necesita á un mismo tiempo de la una y de la otra, estando obligado por su estado á vivir en el trato y comercio del mundo, y teniendo como cristiano una religion, segun la cual debe ser juzgado por Dios. La ciencia del mundo le es necesaria para cumplir con una multitud de obligaciones á que el mundo le sujeta; y la ciencia de la salvacion aún le es más necesaria para hallarse en estado de dar cuenta á Dios del modo con que ha satisfecho á ella.

La prudencia de la salvacion aun no está contenida toda en esta primera regla de hacer que tenga influjo en todo, para ver si hay algo que se oponga á la salvacion; sino que hay tambien otra máxima igualmente importante, y es la segunda; esto es, emplearla en todos vuestros negocios, y en particular en todos los negocios humanos, para hacerlos tambien útiles á la salvacion, y que sean de provecho ante Dios. Lo que debe ser para vosotros de un gran consuelo, y lo que no podeis grabar, como es justo, en el espíritu, como un principio fundamental de vuestra conducta, es, que los negocios más humanos en sí mismos pueden ser santificados y útiles á la salvacion, siempre que tengais cuidado de referirlos á ella. Preguntáreisme: ¿qué relacion ó enlace pueden tener con la salvacion? Vosotros comprendéis bien que las obras de piedad, como son la oracion, la confesion, la comunión y los ejercicios de mortificacion, son obras saludables, porque tienen inmediatamente á Dios por objeto, y á él inmediatamente se dirigen; pero os parece que respecto de la salvacion todos los negocios del mundo son, cuando más, cuidados indiferentes, y que es mucho no os aparten de vuestro último fin, bien léjos de ser capaces de acercaros y elevaros á él. Esta es la ilusion con que comunmente se dejan preocupar los cristianos del siglo, y en lo que se engañan. Si estais en el mismo error, puedo sacaros de él fácilmente. Hay vocaciones diferentes; y todas ellas, si son vocaciones verdaderas, son vocaciones de Dios, pues á él corresponde colocarnos á todos segun quiera, y ordenar todas las cosas segun su voluntad en la sociedad y trato de los hombres. Dios quiere que todos trabajemos y obremos; pero los unos de un modo y los otros de otro, aquellos en el mundo, estos en el estado eclesiástico, muchos en la

profesion religiosa. Esto supuesto, los negocios humanos, y aún los más humanos, son, segun el orden de Dios, para aquellos que ha destinado en el mundo; siendo del orden de Dios, son de su voluntad; y siendo de su voluntad, le son agradables en cuanto son dependientes de la voluntad divina y están unidos á ella por la pureza de nuestra intencion; en fin, siendo agradables á Dios, son meritorios ante él, son dignos de sus recompensas, y entónces son santos, pues Dios solo acepta y recompensa en la eternidad lo que es santo. De este modo, pues, comprendereis, cómo podeis referirlos á Dios, reconociendo en ellos su voluntad, y aplicándoos á ellos por este motivo y con este fin.

Aún no es esto todo. Porque ¿cuántas fatigas no se experimentan en el cuidado de los negocios humanos? ¿Cuántos pesares no hay que tolerar? ¿Cuántos molestos accidentes, cuántos contratiempos y desgracias no hay que padecer? Y ¿en cuántas ocasiones es necesario violentarse, vencerse y dominarse? Alguno en un ministerio, del todo profano en la apariencia, tiene no obstante muchas veces más ocasiones de practicar la paciencia, la dulzura, la moderacion, la caridad, la sumision á las órdenes del cielo, la mortificacion de sus deseos y aun la mortificacion de sus sentidos, que tienen aun los más austeros religiosos. Todo esto dirigido, purificado y realzado por un motivo sobrenatural y cristiano, puede ser en el juicio de Dios de un precio muy grande. ¿Cuántos otros por el mismo medio, no solo se salvaron, sino que llegaron á conseguir la más sublime santidad?

Esta es á lo que principalmente atiende la prudencia de la salvacion. Procura aprovecharse de todo para la salvacion, porque sabe que todas las cosas, no siendo pecado, pueden servir para ella. En lugar de que los mundanos metidos y como abismados en los negocios del mundo, se emplean en ellos de un modo todo natural, y por este motivo dejan perder tesoros de gracias y de méritos con que podrian enriquecerse; un cristiano iluminado con la prudencia evangélica toma ideas más sublimes, se hace superior á la naturaleza, no pierde á Dios de vista; y trabajando en tiempo y en los negocios de la vida presente, pone siempre su mira en la eternidad. De esta suerte lo que queda inútil en las manos de otros, le vale ciento por uno, y en su estado, por más apartado que parezca del reino de Dios, halla abundantemente medios para adquirirle y con que adelantarse. El ambicioso hace consistir toda su ciencia en no perder ocasion alguna de proporcionarse y aventajarse en los honores del mundo; el rico interesado pone toda la suya en aumentar sus rentas y ampliar sus posesiones y haciendas; pero el perfecto cristiano, tal como de-

beis ser y como mi celo por vosotros me hace desear con eficacia que lo seais, no conoce otra ciencia que la de aspirar, por todos los medios que se le presentan, á una inmortal gloria, y acumular cada dia riquezas que jamás perecerán.

Yo no dejaré, pues, por deber de mi ministerio, de hacerlos la misma exhortacion que hacia un profeta al pueblo de Israel: *Aprended donde está la prudencia.* (BARUCH. III, 14). Muy temerario seria si intentára enseñaros dónde está la prudencia del mundo, pues en este asunto me dariais instrucciones y me corresponderia consultarlos. Pero los más grandes maestros en la ciencia humana y en la del mundo son por lo comun los ménos hábiles en la ciencia de la salvacion. Vosotros, pues, no podeis dudar ya, que esta ciencia de la salvacion es no obstante la verdadera prudencia, y así me atrevo á repetiros que hagais un estudio sério de esta sólida y recta prudencia. Con ella, todas vuestras ocupaciones serán agradables á Dios y atesorareis méritos para el otro mundo; con ella, cada dia alcanzareis nuevas gracias y merecereis despues la gloria eterna, que os deseo.

DIVISIONES.

PRUDENCIA DEL JUSTO.—Debe ser prudente en su temor.
Debe ser prudente en su confianza.
Debe ser prudente en su simplicidad.

PRUDENCIA DEL JUSTO.—Consiste en manifestar lo que hay de saludable en lo que le parece peligroso.
Consiste en manifestar lo que hay de peligroso en lo que le parece saludable.

PRUDENCIA CRISTIANA.—Es necesaria á los que obedecen á fin de que su sumision no vaya hasta el punto de pecar.
Es necesaria á los que mandan para guiar segun Dios los diferentes espiritus que dependen de su autoridad.

PRUDENCIA CRISTIANA.—Es la que nos hace preferir el bien espiritual al temporal.
Es la que nos hace emprender el camino más seguro cuando se trata de nuestra salvacion.

Es la que nos impide determinarnos á abrazar un estado con precipitacion.

PRUDENCIA DEL SIGLO.—La prudencia del siglo conduce á todos los vicios, así como la prudencia cristiana conduce á todas las virtudes.

La prudencia del siglo impugna las máximas del Evangelio, así como la prudencia cristiana impugna las máximas del mundo.

PRUDENCIA DEL SIGLO.—Nos suministra pretextos para dispensarnos de todo lo que debemos á Dios.

Nos enseña toda clase de artificios para engañar al prójimo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Gens absque consilio est, et sine prudentia: utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent. Deuter. XXXII, 28, 29.

Qui dissipat cogitationes malignorum... qui apprehendit sapientiam in astutia eorum. Job, v, 12, 15.

Ecce timor Domini, ipsa est sapientia: et recedere à malo intelligentia. Idem. XXVIII, 28.

Beatus homo, qui invenit sapientiam, et qui affluit prudentia: melior est acquisitio ejus negotiatione argenti, et auri. Prov. III, 15.

Ne imitaris prudentiam tuam. Idem. ibid. 5.

Cor prudens possidebit scientiam. Idem. XVII, 13.

Non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum. Idem. XXI, 30.

Ve qui sapientes estis in oculis vestris, et coram vobis-

Gente es esta sin consejo ni prudencia. ¡Ojalá que tuviesen sabiduría é inteligencia, y previesen sus postrimerias!

(Dios) disipa las maquinaciones de los malignos... que prende á los sabios con las mismas redes de ellos.

Mira, la verdadera sabiduría consiste en temer al Señor y honrarle, y la inteligencia en apartarse de lo malo.

Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría, y es rico en prudencia: cuya adquisicion vale más que la de la plata y del oro.

No te apoyes en tu prudencia.

El corazon del varon prudente adquiere la ciencia.

Contra el Señor no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo que valga.

¡Ay de vosotros los que os tenéis por sabios en vuestros ojos,

metipsis prudentes. Isai. v, 21.

Sapientes sunt ut faciant mala, bene autem facere nescierunt. Jerem. IV, 22.

Estote prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbae. Matth. x, 16.

Filii hujus saeculi prudentiores filii lucis in generatione sua sunt. Luc. XVI, 8.

Prudentia carnis mors est. Rom. VIII, 6.

Nolite esse prudentes apud eosmetipsos. Idem. XII, 16.

Perdam sapientiam sapientum, et prudentiam prudentium reprobo. I Cor. I, 19.

y por prudentes allá en vuestro interior!

Para hacer el mal son sabios, mas el bien no saben hacerle.

Habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas.

Los hijos de este siglo ó amadores del mundo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz ó del Evangelio.

La sabiduría ó prudencia de la carne es una muerte.

No queráis teneros dentro de vosotros mismos por sabios ó prudentes.

Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Esta virtud resplandece de un modo admirable en todos los actos de la vida de Abraham, pero muy particularmente en la solución de aquella cuestion delicada que surgió entre él y Lot su sobrino, cuyos pastores comenzaban ya unas enemistades con los de Abraham, que tal vez habrían enredado en ellas á sus amos. Mas el prudente Abraham, sin hacer valer su derecho, según aconseja la prudencia mundana, dispuso esta tormenta con aquellas palabras tan mansas como conciliadoras: *ne quero sit jurgium inter me et inter te.... fratres enim sumus... recede à me, obsecro: si ad sinistram ieris, ego dexteram tenebo: si tu dexteram elegeris, ego ad sinistram pergam* (Genes. XII).

Véase el elogio que el Espíritu Santo hace de Job, y se comprenderá que entre sus virtudes sobresalía la de la prudencia: *erat vir ille simplex et rectus, ac timens Deum, et recedens à malo* (Job. I).

El mismo elogio hace de David, cuya prudencia despues de haber mencionado y alabado por tres veces en un solo capítulo, concluye:

prudentius se gerebat David, quam omnes servi Saul, et celebre factum est nomen ejus nimis (I Reg. xviii).

No es ménos patente la prudencia de que apareció adornado Salomon en sus juicios, y ántes que las mujeres extranjerías pervirtiesen su corazon (III Reg in primis cap).

Tampoco podemos pasar por alto la prudencia que manifestó José al intimar á Faraon los siete años de esterilidad y los otros siete de abundancia, y en las medidas que tomó para salvar á Egipto, así que fué nombrado virey (Genes. xl). La de Daniel en confundir á aquellos dos viejos lujuriosos y libertar á la inocente Susana, con otros rasgos de su vida no ménos notables (Dan. xii). La de Mardoqueo para salvar al pueblo de Israel de un general exterminio (Esther iv).

Si todos los ejemplos citados nos manifiestan los bellos frutos de la prudencia segun Dios, en cambio los siguientes demuestran que Dios destruye la prudencia del mundo, la cual nada bueno puede dar de sí. Jeroboam, apreciando como un acto de alta política el prohibir que sus súbditos fuesen á Jerusalem á adorar al verdadero Dios, fabricó un templo en su capital, en el cual colocó diferentes ídolos: así arrastró al pueblo al crimen de la idolatría, pero así tambien provocó la ira del Señor de tal manera, que le fué quitado el reino y destruida horriblemente toda su descendencia (III Reg. xv). Los hermanos de José le vendieron para deshacerse de él eternamente; mas Dios convirtió en utilidad de los mismos este crimen (Genes. xxxvii). La prudencia ó política ambiciosa de Aman fué su ruina (Esther. vi). Aquitofel, al ver sus pérfidos consejos destruidos por Cusai, mejor diremos, por el mismo Dios, se ahorca (II Reg. xvi. 47) Saul, Acab y otros, despreciando los consejos que Dios les daba por boca de sus profetas, y confiando en su falsa política, mueren miserablemente (I Reg. xxi. — III Reg. xxi). La falsa prudencia de los escribas y fariseos les llevó á conjurarse contra Jesucristo por temor, decían ellos, de que se hiciese rey, y vinieran los romanos á conquistar de nuevo á Israel; y precisamente con esta falsa política todo lo perdieron, su nacionalidad, sus bienes, su templo y sus vidas.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Habes prudentiam, cujus est flere occidua, et qua aeterna Hé aqui la prudencia que nos hace llorar sobre las cosas que

sunt. guerere. S. Ambros. in cap. 6, Luc.

Prudentia sine bonitate malitia est, et simplicitas absque ratione stultitia nominatur. S. Hieron. in Oseam.

Prudentia est virtus, quam si quis rite sectatus fuerit, nunquam ab officio, virtuteque abscedet, nunquam vitiorum pestem incurret. S. Basil. Hom. 12.

Prudentem dico, non scientem et doctum, sed sensatum, et mente acutum, qui potest rerum penderere naturas, et secundum quod potest rationabiliter omnia agere. S. Chrysost. Hom. 5, in Matth.

Hæc est vera sapientia, ut id quod Domino revelante fugiendum esse intellexerimus, cautiissima vigilantia fugiamus. S. Aug. de serm. Domini. in Mont.

Prudentia carnis dicitur, cum anima pro magnis bonis temporalia bona concupiscit. Mem. lib. 85. Quæst. quæst. 6.

Soli christiani veram sapientiam habent. Abbas. Nilus. in Bibliot. Patr.

Tolle prudentiam, et virtus vitium erit. S. Bern. serm. 49. in Cant.

perecen, y buscar las eternas.

La prudencia sin bondad es malicia, y la bondad ó sencillez sin prudencia se llama estupidez.

La prudencia es una virtud, que ejercitándola como se debe, nunca permite apartarnos del bien y de nuestros deberes, siempre nos preserva de caer en la peste del vicio.

Yo llamo prudente, no al hombre instruido y docto, sino al sensato y reflexivo, que pesa el valor de las cosas, y en todo se porta con la posible rectitud.

La verdadera sabiduría consiste en huir con toda cautela de lo que el Señor nos ha revelado haber de huir.

Se llama prudencia de la carne la de aquel que desea los bienes temporales como si fueran los más sólidos.

Solamente los cristianos poseen la verdadera prudencia y sabiduría.

Despójate de la prudencia, y tus virtudes se convertirán en vicios.

PUDOR.

Turbata est in sermone ejus.

Se turbó con las palabras de él.

(LUC. 1, 29.)

¡Oh! qué hermoso ejemplo de santa modestia y humildad nos ofrecen estas sencillas palabras del Evangelio! Baja del cielo uno de los primeros arcángeles, entra en el aposento de María, é inclinándose profundamente, la saluda como llena de gracia, le declara que el Altísimo mora en ella y la llama bendita entre todas las mujeres del universo. Empero la Virgen purísima, al oír tan grandes alabanzas de sí misma, en vez de alegrarse, se queda atónita y confusa, pensando de dónde puede venirle esta tan nueva salutación: *Cogitabat qualis esset illa salutatio* (LUC. 1, 29).

Verdad es que, como dice S. Ambrosio, es propio de las doncellas honestas el mostrarse tímidas y vergonzosas, sobre todo en presencia de los hombres: *Trepidare virginum est, et ad omnes viri ingressus pavere, omnes viri affatus cereri* (LIB. 2 IN LUCAM). Pero ¿son estos los sentimientos de que se muestran poseídas las doncellas de nuestros días? Esta reflexión, que naturalmente sugieren las precedentes ideas, será el asunto del presente discurso, en el cual me propongo demostrar, que el pudor y la modestia son las dotes que las doncellas han de tener en mayor estima, pues sin ellas se hacen abominables á los ojos de Dios y despreciables en el concepto de los hombres; y que, por lo tanto, conviene que se muestren siempre muy celosas en la conservación de aquellas dos preciosas virtudes, amando el retiro, evitando toda libertad ó descompostura en las palabras y acciones, y aborreciendo el lujo y la vanidad. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El pudor es, según dice S. Ambrosio, el principal fundamento de la virtud de la templanza; porque inspirándonos un grande horror á la vergüenza ó ignominia que nos acarreaan las acciones torpes, refrena las pasiones y nos libra de sus peligrosos embates: *Verecundia jacit prima temperantie fundamenta, in quantum*

scilicet incutit horrorem turpitudinis (LIB. 1 DE OFFIC. C. 43). De manera, que el pudor puede considerarse como una arma poderosa contra el vicio, que Dios nos ha suministrado á todos, pero principalmente á las mujeres; pues si no contuviera á éstas el temor de la deshonra que ocasionan los pecados, y sobre todo los de impureza, como más ignominiosos, no habria quien pudiese librarse de su seducción. El rubor que en las ocasiones peligrosas sale al rostro de la mujer, es una especie de estandarte de púrpura, que advierte y llama á las potencias del alma para que acudan en defensa de la inocencia amenazada. Mientras las mujeres conserven el pudor, tendrán tranquila la conciencia, detestarán toda suerte de excesos, aborrecerán el lujo y las vanidades mundanas, amarán la sobriedad y guardarán la honestidad y el decoro propios de su estado.

Spongamos que las doncellas, aborreciendo las ocupaciones de su estado, y ambicionando el trato y la conversacion con las gentes mundanas, mal vigiladas por sus padres, poco ó nada celosos de la honra de sus hijas, escogen libremente sus amistades y relaciones, se acompañan hoy con unos y mañana con otros, frecuentan los bailes y los teatros, y corren continuamente de diversion en diversion. ¿Será entónces posible que se mantengan honestas y recatadas? Muy al contrario, se volverán tan petulantes, desenvueltas y atrevidas, que podrá decirse de ellas lo que el profeta Jeremias decia del pueblo de Israel, esto es, que han perdido el rubor, y que su frente se ha vuelto desvergonzada cual la de una meretriz: *Frons mulieris meretricis facta est tibi, noluit erubescere* (JEREM. III, 5). ¿Qué diremos, pues, cuando la osadía de las miradas, el descomedimiento de las palabras, la manera immodesta de accionar, reír y bromear dan evidente testimonio de impudencia y libertinaje? Según observa S. Ambrosio, la apariencia exterior de nuestro cuerpo y el uso bien ó mal ordenado de nuestros sentidos son como una voz del alma que de continuo pregona los pensamientos de nuestra mente y las inclinaciones y afectos más secretos de nuestro corazón: *Vox quaedam animi est corporis motus* (LIB. 1 DE OFFIC. C. 18).

Desde el momento que las doncellas pierden el amor al retiro y al trabajo, y sacuden el freno del pudor y la modestia, se convierten en esclavas de Satanás, y se exponen á cometer las más abominables obscenidades. En prueba de esto citaré, entre otros muchos ejemplos, aquel célebre caso ocurrido á S. Antonino, arzobispo de Florencia. Pasando un día el santo por una calle apartada y quieta de la ciudad, vió en la ventana de una pobre casa un coro de alegres ángeles que al parecer custodiaban aquella habitacion. Maravillado

de este suceso, y deseando saber quién se albergaba en aquella casa, entró, y en el piso superior encontró una santa viuda con tres jóvenes doncellas hijas suyas, vestidas pobremente, pero con el mayor aseo, y trabajando todas asiduamente. Habiéndoles interrogado el santo sobre su vida y costumbres, las doncellas ni siguiera levantaron los ojos de la labor, y la madre respondió por todas: Señor, nosotros hacemos continuamente lo que ahora estáis viendo, trabajar y orar, manteniéndonos con el trabajo de nuestras manos, resignadas á la voluntad de Dios y confiadas en su Providencia, que hasta ahora no nos ha abanlonado y esperamos que nunca nos abandonará. Figuraos, oyentes míos, cuál sería la alegría del buen prelado. Pareciale haber hallado el paraíso en la tierra. Alabando la santa vida de aquellas buenas mujeres y exhortándolas á perseverar en ella, dejóles una generosa limosna y salió lleno de la más pura satisfacción. Pero sucedió que, viendo las doncellas que tenían por algun tiempo asegurada la subsistencia, empezaron á trabajar con ménos asiduidad. Luego, asomándose de cuando en cuando á la ventana, cosa que nunca hasta entónces habian hecho, se insolentaron contra su madre, se adornaron más de lo acostumbrado, vieron y fueron vistas, y por último llegaron hasta el punto de contraer relaciones ilícitas. Volvió otro día S. Antonino á la misma casa para ver, como él creía, aquel paraíso, mas con grande admiracion y horror vió en la ventana, no ya un coro de ángeles, sino una legion de demonios danzando con infernal alborozo. Inquiriendo entónces la causa de tan horrendo cambio, supo que aquellas jóvenes, ántes tan laboriosas y modestas, habiéndose entregado á la ociosidad y perdido el pudor, habian convertido su casa en un infierno.

2. No sé si, como yo, habeis observado, oyentes míos, que una de las cosas que más contribuyen al envanecimiento y perversion de las doncellas es el lujo en los vestidos y adornos. Mientras visten modestamente, lejos de tener empeño en asistir á los paseos y reuniones, se retraen de ello, de manera, que muchas veces los padres tienen que valerse de su autoridad para llevarlas consigo á las visitas ó á cualquier lugar de mucha concurrencia. Y sin embargo, hay madres tan poco cautas, que para que sus hijas puedan competir con las otras jóvenes y tengan quien las obsequie, se afanan en vestir las y adornarlas de una manera superior á su condicion, sin considerar que tal vez por efecto de ese desórden tendrá la familia que hacer algun ayuno no prescrito por la Iglesia, ó irán los hijos con los vestidos súcios y rotos, ó la parte que en la reparticion de la cosecha corresponde al amo, tendrá que pagar un diezmo de nueva imposicion.

Para convencerse del error en que muchos incurren con respecto á este asunto, conviene advertir que el uso de los vestidos reconoce dos causas: primera el estado de miseria á que nos vemos reducidos por la desobediencia de Adán; y segunda, la necesidad de mostrar por medio de alguna señal exterior y sensible la distincion entre las diversas clases de personas. En tanto que el hombre se mantuvo fiel á Dios, no tuvo necesidad de vestirse, porque la inocencia del paraíso terrenal le servia de vestidura, así como la luz sirve de vestidura al sol. Mas luego que Adán hubo quebrantado el precepto de Dios, se avergonzó de andar desnudo y se cubrió con hojas de árbol. Arrojado en seguida de aquel lugar de delicias y condenado á trabajar para ganarse el sustento, el Señor clementísimo le dió vestidos de pieles. Siendo, pues, la costumbre de vestirnos una consecuencia del pecado, decidme ¿no es una gran locura el hacer gala de los vestidos, cuando por el contrario debieran llenarnos de vergüenza y confusion, supuesto que nos recuerdan á cada instante la funesta causa que nos puso en la necesidad de servirnos de ellos? Semejante propósito sólo puede compararse con el que cometeria un hombre, que teniendo el cuerpo lleno de horrendas llagas, en vez de cubrir las con lienzos y vendas comunes, lo hiciese con ricas telas y preciosos brocados, ostentando así néciamente aquel repugnante mal, en vez de avergonzarse de él y de ocultarlo, como debiera, á la vista de los demás hombres.

Pero además del objeto natural que generalmente tienen los vestidos, de evitarnos la vergüenza que á consecuencia del pecado nos causa la desnudez, y de protegernos contra el rigor de las estaciones, tienen tambien, como hemos dicho, otro particular y político, cual es el de dar á conocer la diversa condicion de los hombres. Por esto los romanos establecieron prudentemente por sus leyes que los ciudadanos y magistrados de la república usaran diversos trajes, segun la categoria y dignidad de cada cual; y por esto tambien dice el Doctor angélico, que el traje de los hombres ha de ser tal, que por él se distinga el estado y condicion social de cada uno de ellos: *Exterior cultum indicium quoddam est conditionis humane* (2, 2, qu. 169, art. 1 ad 3). Este buen órden, empero, queda enteramente trastornado cuando la labradora, por ejemplo, se viste como una ciudadana, la ciudadana como una dama, y la dama como una princesa. Entónces la diversidad de los trajes no sirve ya para distinguir la calidad de las personas; ántes bien, cuando las mujeres del vulgo se presentan vestidas pomposamente y adornadas con un lujo superior al que su condicion les permite, el público concibe desde luego

siniestras sospechas y viene, por fin, á creer que todo aquel boato procede de una infame granjería; de manera que con su loca vanidad, lo único que logran es conquistar la opinión de mujeres escandalosas y disolutas.

La razon que para excusar semejante desórden suelen alegar las madres y las hijas, es, que si éstas no procuran brillar y sobresalir en alguna manera, nadie les hace caso, y tarde ó nunca se les proporciona una colocacion ventajosa. Pero este es un error muy grande, pues nadie ignora que entre los pueblos orientales los hombres se casan las más veces sin conocer ni haber visto á sus mujeres; y aún los chinos tienen la costumbre de oprimir con vendajes los piés de las niñas, para que cuando llegnen á mayor edad, no pudiendo andar fácilmente, se retraigan de salir de sus casas. Mas dejando aparte los ejemplos de otros pueblos, fijemos la atencion en nuestras propias costumbres, y veremos que entre nosotros, los hombres cuerdos y morigerados buscan por esposas, no á las doncellas presumidas y casquivanas que pasan el tiempo en el ocio de los paseos y diversiones, sino á las que en el retiro del hogar doméstico se disponen á ser algun día buenas madres de familia. Y si las primeras llegan tambien á casarse, sabe Dios á qué precio lo consiguen, pues cuando no pasan por la vergüenza de ser madres ántes que esposas, caen en manos de hombres discolos y desmoralizados, que con sus extravagancias y malos tratos les hacen pagar harto caramente los extravíos de su juventud; porque la justicia divina no permite la felicidad de los matrimonios efectuados á costa del pudor y de la honestidad.

En prueba de esto pudiera citaros innumerables ejemplos á cual más instructivos, los que omitiré, sin embargo, porque estoy cierto de que la experiencia que todos tenéis acerca del particular los hace de todo punto innecesarios. Hay uno, empero, cuya importancia y celebridad no me permiten pasarlo en silencio, toda vez que á él se debe la separacion de la nacion Inglesa del gremio de la Iglesia católica romana. Ana Bolena, dama de la corte de Enrique VIII de Inglaterra, con sus lisonjas y halagos captóse de tal modo el afecto del rey, que éste, para casarse con ella, repudió á la reina su legítima esposa, tia del emperador Carlos V. Ana Bolena llegó así á sentarse en el trono; pero, ¡sabeis cual fué el término de tan grande encumbramiento? Al cabo de algun tiempo el apasionado Enrique concibió para con ella un aborrecimiento tal, que la hizo decapitar públicamente por mano del verdugo.

Es menester no preocuparse y reconocer con el Apóstol, que los frutos que cogemos son siempre segun la naturaleza de la semilla

que sembramos : *Quas eminauerit homo, haec et metet.* (GAL. VI, 8). Si para casaros, hermanas mías, poneis en juego la inmodestia, el libertinaje, la corrupcion y la incontinenencia, estad seguras de que, ó no lograreis vuestro objeto, ó os vereis con el tiempo colmadas de sinsabores, tribulaciones y desgracias, que son los frutos acerbiísimos del pecado. Mas si, por el contrario, llenas de santo temor de Dios, sois piadosas, modestas y laboriosas; si procurais sobre todo conservar intacta la noble y preciosa virtud del pudor, os captareis el aprecio de los hombres y el amor de Dios, cuya admirable providencia os hará dichosas en esta vida, y muchísimo más aún en la eternidad. No os dé pena el ver que otras doncellas viven con libertad, y concurren á los teatros, bailes y lugares públicos, cubiertas de ricas galas, llamando la atencion de todos por su ademan arrogante é inmodesto. No envidieis, no, su suerte, hermanas mías; pues llegará tiempo en que conoceréis que la mejor dote de las doncellas es la modestia y su más precioso ornamento el pudor, y que si por desgracia llegan á perder estas virtudes, no pueden esperar más que oprobio y condenacion eterna. Por tanto, procurad conservar la honestidad y el decoro propios de vuestro sexo; pues de otro modo es expondríais á empañar la honra de vuestra familia, á perder la felicidad temporal, y lo que es peor, os atraeríais la cólera y los castigos eternos de Dios.

DIVISIONES.

PUDOR.—El pudor comunica circunspeccion á los que siempre han vivido en la inocencia.

El pudor sostiene la modestia de los que viven en la pureza.

El pudor condena la impudencia de los que no se ruborizan de su pecado.

PUDOR.—El pudor de las mujeres casadas dá testimonio de la pureza de su amor.

El pudor de las viudas las obliga á llevar una vida retirada.

El pudor de las vírgenes manifiesta que son dignas de ser esposas de Jesucristo.

PUDOR.—El pudor de los jóvenes es una de las señales más positivas de su inocencia bautismal.

El pudor de los pecadores es una de las señales más positivas de su disposicion á hacer penitencia.

El pudor de los penitentes es una de las señales más positivas de la aversión que tienen al pecado.

Véase: MODESTIA.

PUREZA; véase: CASTIDAD y VIRGINIDAD.

PURGATORIO.

(PRUEBAS DE SU EXISTENCIA.)

Uniuscuiusque opus quale sit, ignis probabit.

El fuego mostrará cual sea la obra de cada uno.

(I Con. xi, 13.)

La Iglesia católica fué constituida por Jesucristo, depositaria de las verdades de su fe. Aunque las mas estén consignadas en la Sagrada Escritura, muchas se han confiado á la fidelidad de la tradicion. Jesús enseña por boca de su Iglesia y la preserva de todo error, y en esta autoridad fundamos nuestra creencia en el dogma del Purgatorio, no empero porque este principio no se halle á lo ménos indirectamente en la palabra de Dios. Para examinar á fondo las pruebas de esta doctrina es necesario uniría á la práctica católica de la oracion por los muertos, pues esta práctica está esencialmente basada en la creencia en el Purgatorio, y sus pruebas tienen entre si tan íntima relacion, que demostrar la una es precisamente demostrar la otra.

Cuatro son las fuentes de que tomaremos pruebas de la existencia del Purgatorio: 1.º de la *Escritura*; 2.º de la *Tradicion*; 5.º de la *Razon*; 4.º de la *Dicha de esta creencia*. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Judas Macabeo, habiendo recogido en una colecta que mandó

hacer, doce mil dracmas de plata, las envió á Jerusalem, á fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos, teniendo, como tenia, buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurreccion. Es pues un sentimiento santo y saludable el rogar por los difuntos, á fin de que sean libres de sus pecados (II Macb. xii, 43, 44 et 46).

Ese pasaje prueba que en tiempo de los Macabeos se creia que las oraciones por los difuntos podian aprovecharles. Asi es que la creencia de la Iglesia judia y sus prácticas forman un testimonio en apoyo de nuestra doctrina. Nuestro Señor no ha reprobado jamás este uso de los judios.

Los judios han continuado hasta hoy observando esta costumbre, y de seguro no la han tomado de la Iglesia cristiana. En sus libros de oraciones se halla una de fórmula particular por los difuntos. En sus sinagogas hay un cuadro en que están inscritos los nombres de los difuntos, á fin de que se ruegue por ellos durante muchos sábados consecutivos. ¿Por qué son tan fieles los judios á la práctica de rogar por los muertos? porque no es una mera institucion legal, sino una prescripcion hecha por Dios mismo. Si estaba tan firmemente establecida esta creencia entre los antiguos judios como lo está aún entre sus descendientes; si, por otra parte, no la abroga la ley cristiana, que ha sucedido á la ley judia, tenemos derecho á considerarla como una creencia verdadera y legitima, pues si en aquellos tiempos las oraciones eran útiles á los difuntos, mucho más lo serán ahora á causa de los méritos de Jesucristo.

En el nuevo Testamento leemos: «A cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero á quien hablare contra el Espíritu santo, no se le perdonará ni en esta vida, ni en la otra» (MATTH. xii, 32). San Agustin, comentando estas palabras, dice: No podria afirmarse que á algunos no se les perdonará ni en esta vida, ni en la otra, sino hubiese algunos que, sinó en esta vida, á lo ménos se les perdonará en la otra. *Porro, non de quibusdam venaciter diceretur quod non eis remittatur, neque in hoc seculo neque in futuro, nisi essent quibus, etsi non in isto, tamen remittetur in futuro* (L. 21 DE CIV. DEI, c. 24, n. 2). Léjos de disuadir á los judios de rogar por los difuntos, como lo hubiera hecho Jesús si hubiesen errado, vemos por ese pasaje que les confirma en su creencia. Ved ahí una especie de pecado cuya gravedad es expresada por la declaracion de que no será perdonado en la otra vida. ¿No debemos inferir que hay otros pecados que pueden perdonarse? De seguro tenemos derecho á decir que en la otra vida se perdonan pe-